

Antoni Puigverd



Adular o madurar

La mitad de los problemas se arreglan solos; y la otra mitad no tienen solución, me comentaba el otro día un amigo latinoamericano. “Últimamente –añadía– han vivido ustedes dos ejemplos de ello. Pasaron unos meses preocupadísimos por la sequía, peleándose como gallos. De repente, llegó la lluvia, se llenaron los pantanos y el problema del agua ha dejado de preocuparles: se ha solucionado solo. Ahora, se disponen a pelearse hasta el agotamiento por una crisis económica cuya solución no les atañe. ¿Acaso la loca escalada del petróleo está en sus manos?” Mi amigo se alejó no sin antes repetir: “La mitad de los problemas se resuelven solos, la otra mitad no tiene solución”.

La frase es fatalista y cínica. Pero contiene una parcela de verdad no desdeñable. En la época global, los gobiernos de los estados poco pueden hacer para domesticar la economía. No pueden planificar: la libre competencia lo impide. No pueden controlar los bancos o las inversiones empresariales. Pueden incentivar y proteger, ciertamente, a determinados actores económicos. Deciden, claro está, las inversiones en infraestructuras y administran el gasto público (que, según la ideología del gobierno, será más o menos social). Y poco más. Los gobiernos de los estados matizan a duras penas la corriente global, pero no pueden cambiarla. La globalización pasa por encima del Estado, que observa impotente. Ni el éxito ni el fracaso de la economía son imputables, pues, al Gobierno. Aunque la medalla del crecimiento se la coloca quien manda; y, si llegan malos tiempos, la oposición intenta cargarle las culpas.

Si un político de hoy explicara tal limitación sería

Por exigencias del guión electoral, los políticos infantilizan a la ciudadanía

lapidado. La ciudadanía democrática no soportaría sentirse huérfana de protección. Consiguientemente, los políticos están obligados a engañar a la ciudadanía,

a la que en realidad adulan obscenamente por exigencias del guión electoral. La miman y consienten a la manera de los niños de hoy, a los que ni padres ni maestros se atreven a educar en el rigor, la contención y el sacrificio. Durante los años de vacas gordas, la ciudadanía se ha infantilizado. Hemos crecido en un clima de irresponsabilidad, inundados de golosinas y regalos, enviciados por el consumo y la alegre ociosidad. La última golosina son los 400 euros, que ahora, ya en vacas flacas, brillan con obsceno patetismo. ¡Socialdemocracia!, exclama Zapatero, que se encastilla con los débiles. ¡Culpable!, exclama Rajoy, que intenta sacar partido de la irritación. Duran Lleida acierta en una fórmula mejor: un pacto de todos los actores sociales, económicos y políticos. Un pacto que demostraría que mi amigo se equivocaba en un matiz decisivo. Hay problemas que no tienen solución, cierto, pero repartir los sacrificios, compartir los riesgos, y aunar el esfuerzo permitiría capear mejor el temporal. Y convertiría la necesidad económica en virtud social.